

»nes y posees. Esta justicia ¿no te la dió Cristo
 »á ti, ingrato siervo, como un paño limpísimo,
 »de balde y á su costa, y tú no cesas de man-
 »char este paño con sangre, menstruoso de cul-
 »pas? Y ojalá no excediera tu desvergüenza y
 »locura á la de las mujeres ramera, entre las
 »cuales ninguna hay tan deslavada y raída que
 »de su menstruo se gloríe, antes todas se con-
 »funden y avergüenzan de tratar con gentes en
 »tal tiempo. Ni hay desposada que se atreva á
 »manifestar esta miseria á su desposado, por
 »muy querido que sea. Pues, necio, ¿por qué te
 »glorías en la malicia? ¿Cómo recuentas tus
 »buenas obras, que, según Isaías (64,6), seme-
 »jan la inmundicia de paños asquerosos? Si,
 »como las mujeres en su cuerpo, sola una vez en
 »el mes padecieras el achaque de enlodar tu
 »alma, parece que tenías alguna ocasión de glo-
 »riarte; pero avergüénzate y duelete, porque
 »ese flujo es en ti cotidiano y perpetuo. Y si
 »tanto más tienes de tu cosecha y algún bien
 »por parte de Dios, deja de gloriarte en ti y
 »gloríate en Él, y mira lo que dice Él mismo
 »por un profeta (1): *Tu perdición, Israel, de ti la
 »tienes, y el ayuda y favor para salvarte Yo sólo te
 »lo doy, y mío es*».

(1) Oseas, 18.



CAPITULO XXI

DE CÓMO EL AMOR DE DIOS, SIENDO EN NOS-
 OTROS EL PRIMERO, ES RAÍZ DE TODOS LOS
 BIENES, Y ÉL PROPIO LO ES DE TODOS LOS
 MALES.

Si cual es la raíz del árbol son los frutos, ta-
 les serán los del amor cual él fuere, y aun
 todas las cosas que pensáremos, habláremos é
 hiciéremos. Porque no se piensa ni se habla sin
 amor, el cual dijeron los filósofos *ser causa de
 todo*. Boecio dice: «Con amor los cielos se jun-
 »tan y los elementos se conciertan en los com-
 »puestos, los animales cohabitan juntos, las ciu-
 »dades se conservan, y cualquiera república re-
 »cibe aumento». Con amor fabricó Dios el mun-
 do y le gobierna, y la forma de todas las co-
 sas que quiere de nosotros es el amor. San
 Dionisio dice: «No consintió el divino amor que
 »el Rey de los reyes y Señor de los señores fue-
 »se estéril en Sí mismo; y así como por amor se
 »derramó y comunicó fuera de Sí á todas sus
 »criaturas, así se deleita y trata de reducirlas y

»volverlas á Sí por amor, principalmente al hombre, en quien están todas cifradas, el cual, unido á Dios, lo están todas ellas». Concluye este divino contemplativo, conforme á la sentencia de Hieroteo, que no es otra cosa el amor, ora sea el divino, ora angélico, humano, espiritual, animal ó natural, sino *una cierta virtud mezcladora y transformadora*, la cual mueve las cosas superiores á la providencia de las inferiores, las iguales á la comunicación y amistad social de sus iguales, y, finalmente, incita y provoca á las inferiores á que se conviertan y vuelvan á las superiores y más principales.

El Filósofo dice: «Que de la primera inteligencia, que es Dios, las otras que son segundas, como de objeto amado y deseado, son movidas á entender y obrar, y los entendimientos interiores, en cuanto les es posible, procuran juntarse á aquel supremo, porque de allí esperan alcanzar la suma perfección, la cual no consiguen si no es haciéndose buenos, como sea verdad que aquella suprema inteligencia amada sea bondad suma; y buenos no lo pueden ser sino es comunicando su bondad, porque de razón del bien es comunicarse». Mas ¿cómo comunican esta bondad? Moviendo sus orbes, de los cuales depende el gobierno de toda la constitución del mundo. Esta providencia toda acerca del mundo y su conservación, no con otro vínculo ni con otro más poderoso medio que el amor es hecha. Así dijo Averroes: *Que luego que el sumo*

bien cesase de comunicarse, no habría más bien. De aquí es que las superiores inteligencias, amando continuamente, mueven los cielos con fin de conservarse y permanecer en el grado de bondad que tienen. Parecer es de Empédocles que nunca los principios de todas las cosas descienden á obrar sino mediante el amor. Zenón, filósofo famoso del tiempo de Aristóteles, dijo que el amor de Dios permanecía en toda substancia, de tal manera que en la intelectual es entendimiento, en la animal ánima, en la natural naturaleza, y en el afecto afición y hábito. Hieroteo y San Dionisio, en su himno, llamaron al amor *Círculo dorado*, que perpetuamente se revuelve y voltea, de un bien en otro bien; porque de Dios, que es suma bondad, vuelve al mismo. De manera que con amor nos crió y formó todas las cosas, y con amor nos sustenta en el ser, y con amor nos vuelve á juntar á Sí. Al fin no hay cosa sin amor, y Él es causa de todas. Siendo, pues, el amor que en nosotros reina y tiene el principado bueno, necesariamente lo ha de ser todo lo que de Él, como de raíz, procediere. Y porque el de Dios es todo nuestro bien y todo nuestro tesoro (si es el principal), de Él nacen todos nuestros bienes, y ninguno tenemos sino de Él y por Él. Él es nuestra primera justicia, y de Él nace toda nuestra justicia. Es nuestra primera luz y principio de toda nuestra luz. Es nuestra rectitud y fundamento de toda rectitud. Es nuestra primera

amistad verdadera y buena, y origen de toda buena y verdadera amistad; es la primera fortaleza, la primera vida y el primer bien, y de Él procede todo el bien, y Él sólo es el que nos hace divinos, por la virtud maravillosa que tiene de convertir y transformar nuestra voluntad en la cosa que principalmente ama, la cual, como sea Dios, quedamos deificados y hechos un espíritu con Él, queriendo lo que quiere y con el fin que lo quiere.

Pero ¿qué diremos del amor propio cuando es primero y principal en nosotros? Ello se está dicho, pues nos consta que es enemigo capital del divino, y su contrario. Es raíz y fuente de toda injusticia, de todo vicio, de todo pecado, de toda ceguedad, de toda ignorancia, y, en una palabra, es causa de todos los males y dolores que padecemos. Y si éste saliese de por medio, no habría necesidad de Infierno. Así lo dijo San Bernardo (1): *quita la propia voluntad, y no habrá Infierno*. De aquí es que, tratando Cristo nuestro Maestro con sus discípulos, de cómo le habían de seguir con aprovechamiento, y como varones perfectos, al primer paso y escalón puso la abnegación de sí mismos, y así dejó en su Evangelio este riguroso canon escrito (2): *El que quisiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*. Uno es el canon, pero

(1) Tolle propriam voluntatem, et Infernus non erit.

(2) Matth., 6.

tiene tres cosas tan necesarias, y de tanta importancia, y tan hermanadas, que no sufren división. Es torzal de tres ramales, que nos lleva infaliblemente á la perfección y nos subirá al cielo. Mas un solo ramal que se quiebre, de ningún provecho son los que quedan. Es una trinidad de preceptos, que cada uno de por sí lo es, y uno de otro diferentes; pero constituyen una esencia, que es una vida esencialmente buena, y cualquiera que se niegue ó se deje, se niega esta esencia; quiero decir, que no queda cosa esencial en vuestra vida espiritual. Si os negáis á vos mismo, y tomáis vuestra cruz y no seguís á Cristo, no sois *cristiano*, sino pagano; porque muchos de ellos hicieron eso. Si no os negáis, aunque llevéis cruz (que nadie vive sin ella) no podéis seguir á Cristo; porque Cristo y carne vuestra, cruz y sensualidad, nunca pueden ser amigos; que, como dice San Pablo (1): *No está sujeta á la ley, ni puede*. Ecumenio, en su *Traducción*, dice: *Affectus carnis inimicitia est ad Deum, nam legi Dei non subditur, neque enim potest*. Lo que la Vulgata llama sabiduría de carne, llama este doctor afecto y pasión de carne, y todo es uno, porque la carne no sabe más que aficionarse y apasionarse; no se rige por razón ni por ley, sino por pasión, y esta pasión y afición á cosas ilícitas nunca puede tener amistad con Cristo,

(1) Legi Dei non est subjecta, neque enim potest.—Rom., 8.

porque á la ley de Dios no está sujeta ni puede. El carnal afecto no está sujeto á la ley, ni puede; porque, en tanto que vive en vos, ni vos ni él tenéis sujeción á la ley; si muere en vos ese afecto, tampoco le sujeta, porque ya no está en vos, sino vos, en quien el afecto ya murió. Viendo él en vos, él y vos vivís sin ley; muerto él, vos sois el que os sujetáis á la ley, que no él. De manera que es imposible que vos sigáis á Cristo sin desterrar primero, por la mortificación y penitencia, los afectos y pasiones de carne, que es el primer escalón de vida religiosa y perfecta. *Niéguese á sí mismo*, etc. Quiere decir: el que se determinare á seguirme y andar en mi compañía, y ser mi amigo, no se ha de seguir así, ni andar en su compañía, ni ser suyo. Deje de ser lo que es, y será lo que no es; deje de ser carnal y será espiritual, pues carnal y amigo de Dios (que es espíritu) es cosa imposible; vivir según la carne, y agradar á Dios, no se compadecede, porque los que están en la carne avecinados, y como carnales, no pueden agradar á Dios. Dejad, hermano, lo que tenéis y daros han lo que deseáis. ¿Tenéis carne y deseáis espíritu? Soltad la carne y alcanzaréis el espíritu, que el espíritu y la carne siempre trajeron pleito, y no caben en un saco. San Juan Crisóstomo, declarando este lugar de San Mateo, dice: *Negarse á sí mismo, es hacerse cada uno enemigo suyo, y hacerse tratamiento de enemigo*. Entenderéis esto por un ejemplo. Teníais (dice) un amigo á

quien estimabais en mucho y gustabais tanto de su conversación que ni un solo punto os podíais hallar sin él; si comíais, á la mesa; si dormíais, al lado; si salíais de casa, iba con vos; al fin erais vos otro él y él otro vos. Estando en tan estrecha amistad dicen-os que os guardéis de él, porque os trama traición, y pretende quitarnos la vida. Pasmáis oyendo esto, y como admirados decís: ¿es posible que Fulano, mi grande amigo, sea mi traidor? Y en un instante os mudáis y trocáis todo el amor en desamor y en odio, y negáisle de manera que si le vieseis azotado, perseguido y lleno de trabajos, no sólo no le ayudaríais ni os compadeceríais de él, mas antes recibiríais contento y deleite de sus males. ¡Oh traidor (decís), que me quería matar so especie de amistad! No me entre más por mis puertas, no lo vea yo con mis ojos, ni escrito en pared. Hermano mío (á ti que vas leyendo esta escritura digo), tú ¿no sabes que esa carne que tanto regalas, para quien se buscan los manjares preciosos, los vinos costosos, la seda, el oro, las piedras de Oriente, los contentos y placeres vanos; esa de quien tanto te fías, con quien tan familiarmente te tratas, á quien de día y de noche sirves; esa con quien duermes y estás amaneciendo, so especie de amistad, trata de quitarte la vida del alma y entregarte á los demonios enemigos tuyos para siempre? Que bien, y como experimentado, dijo Salomón (1): «No vayas en

(1) Eccles., 18.

pos de tus apetitos y deseos; no sigas tu voluntad; no te andes tras ti mismo, porque vendrás á morir á manos y con gozo de tus enemigos, según que se escribe en un salmo» (1): *Los que me atribulan se regocijarán si me ven mover de mi buen propósito y caer del estado en que estoy.*

Preguntado un santo monje (2) qué camino había para el cielo breve y seguro, respondió: «Sé humilde, y, dondequiera que te hallares, déjate á ti mismo». Por cierto, él abrevió y cifró en pocas razones todo lo que en esta materia se puede decir, porque en la humildad y en el huir de sí el hombre consiste gran parte de la perfección, ó el todo de ella. Porque no es posible haber en el alma, como queda dicho, faltando el amor propio, sino es el amor de Dios; y así, huyendo yo de mí, tengo de venir á parar en Dios. Y ¿qué otra cosa es huir de mí donde me hallare, sino desamparar mi voluntad en cualquier ejercicio que la conociere opuesta y que contradice á la de Dios? Aquel verdaderamente se niega á sí mismo y huye de sí que en todo tiempo, lugar y negocio tiene en su boca aquellas palabras de Cristo: *No mi voluntad, Padre de mi alma, sino la vuestra se haga.* En las cuales palabras hizo lo primero meritorio cuanto padeció y esperaba padecer, refiriéndolo á la voluntad y beneplácito

(1) Psal. 12.

(2) Arsenio. Esto humilis, et ubicumque te inveneris te ipsum relinque.

de su Padre y para su gloria. Lo segundo, descubrió aquella su perpetua y perfecta obediencia hasta la muerte. Lo tercero, ató las manos á la omnipotencia de Dios Padre para que, aunque quisiera, no pudiera librarle de beber el cáliz de su Pasión. Y así es que por esta oración, ó resignación y abnegación, fué forzado el Padre ó á dejarle en aquellas pasiones que ya su voluntad le tenía señaladas y prescritas, ó á turbar esta su obediencia y resignación por la cual, de todo en todo, quiere que la voluntad del Padre se cumpla. De manera que, dichas estas palabras, quedó por imposible dejar de beber Cristo el cáliz de su Pasión por razón de estas dos voluntades, conviene á saber: la del Padre que eficazmente se le ofreció, y la del Hijo que eficazmente le acepta.

Para que veas, hermano lector, lo que importa la abnegación de la propia voluntad y resignación en la de Dios con eficacia, te diré que no hay sacrificio tan agradable al Señor como éste, ni de tanto provecho para el alma. Porque no hay cosa tan estimada ni tan propia del hombre como la voluntad; y quien ésta dió, todo lo que pudo dar dió. Mas debe notar el cristiano que no basta negarse (como dije al principio), sino que ha de juntar el segundo ramal, que es tomar la cruz, y el tercero, que es seguir á Cristo. Habéis de dejar y tomar el camino del Cielo; dejar lo que hay en vos, y tomar lo que os da Dios; dejar lo que os deleita, y tomar lo que os atormenta; de-

jar los gustos y regalos de carne, y tomar la cruz de trabajos, de afrentas, de hambre, de sed, frío, cansancio, mengua y pobreza que os ofreciere. Es cruz ésta, sin la cual nadie puede militar debajo de la bandera de Cristo, ni le recibe Cristo por su soldado sin ella. No tiene Dios necesidad de hombres afeminados y muñecos, ni de soldados de alfeñique que no saben sufrir por su amor un papirote, que no los han de tocar á la ropa, que no se les ha de enfriar el pie, ni han de ver el sol, por no aromadizarse, tales que una hora de sermón les cansa, y la Misa algo larga les hace perder la paciencia, y el pobre que llega dos veces á la puerta les causa enojo. Son soldados de asco y de melindre, que, si están en la oración media hora, se descuadernan todo, se recuestan y dan mil bostezos. Menospreciáis, hermano, la cruz de Cristo; también Cristo os borraré de la lista de sus soldados; ni Cristo sin cruz, ni vos tampoco. El día que os afrentaron é injuriaron y no perdonasteis, antes procurasteis vengaros, arrastrasteis por el suelo el estandarte de Jesucristo, disteis en tierra con su cruz y salisteis de la soldadesca cristiana.

Muchos nombres ha puesto la Divina Escritura á los varones perfectos ó que aspiran á la perfección; mas entre todos tengo notados tres, que admirablemente declaran qué vida y trato ha de ser el suyo, y cuán desapropiados han de estar de sí mismos y de lo que no es Dios. Los nombres son éstos: *peregrinos*, *mueritos* y *crucifi-*

cados. El primer título confirma San Pablo diciendo (1): «Tengámonos por peregrinos en tanto que vivimos en esta carne mortal». San Pedro lo deja por llano, y dice (2): *Suplícicos, hermanos, que, como advenedizos y peregrinos en este mundo, os abstengáis de los deseos carnales que hacen continua guerra y militan contra el alma*. El peregrino, como nota San Bernardo, siempre va por camino real y derecho, sin torcer á una parte ni á otra; y si acaso ve cosas de entretenimiento, como son bailes, toros, juego de cañas y otras fiestas, de nada hace caso, sigue su camino anhelando por su patria, y con llevar sus carnes cubiertas y un pedazo de pan qué comer, va contento. Aquellos padres antiguos á una se confesaban peregrinos y huéspedes en la tierra. Y, así, sus casas y moradas eran movedizas, y de paso, como de gente que tenía ojo á otras mejores. San Pablo celebró esto con gran encarecimiento, y á los hebreos dice (3): «En la fe que tenía de Cristo, que había de venir, murieron Abraham, Isaac y Jacob y los demás padres». No recibieron ellos en su vida las mercedes que Dios les había prometido, conviene á saber: que había de tomar carne humana y había de redimir el mundo; pero mirábalas de lejos y salu-

(1) Dum sumus in hoc mortali corpore peregrinamur a Domino. II Cor., 5.

(2) I Petr., 2.

(3) Hebr., 11.

dábalas diciendo: Vengáis enhorabuena, Redentor de los hombres entre los hombres. Reconocían el beneficio, y adorábanle, y saludábanle, como los marineros saludan las ciudades para donde caminan antes de llegar á ellas, y recibiendo tales regalos de Dios se confiesan peregrinos y huéspedes en la Tierra. Pues sepamos, glorioso Apóstol: ¿tan gran negocio es confesar que son peregrinos, para que lo escribáis vos por una ó la mayor de sus alabanzas? Sí; porque los que dicen esto dan muy bien á entender que andan en busca de su patria, no de aquella de donde salieron; que si de aquélla fuera su acuerdo y memoria, tiempo tuvieron para volver á ella; sino de la verdadera, que es el Cielo. Por ésta suspiraban y ésta buscaban. Por lo cual no se confunde Dios de llamarse Dios de ellos (1). ¡Oh palabras misteriosas y dignas de larga y prolija consideración! Porque se conocieron por peregrinos los Santos, y lo confesaron así, se precia Dios de ser llamado á boca llena Dios de ellos. ¡Admirable recambio el de Dios con sus amigos! Ellos, estando en el mundo, ricos, prósperos y llenos de los bienes de la Tierra, porque Dios está en el Cielo, para donde caminan, no hacen caso de nada, antes se confiesan por huéspedes, y solos en la Tierra; y Dios, teniendo en su reino ángeles, arcángeles, tronos, querubines y serafines de qué intitularse

(1) Ideo non confunditur Deus, vocari Deus eorum.

Dios, no echa mano de ellos, sino de Abraham, Isaac y Jacob, porque dicen que son peregrinos sin Él. Préciase Dios de ser Dios de los que van de paso, y confúndese (si en Él cupiera confusión) de que le llamen su Dios los que tienen echadas raíces en el mundo. Si sois morador de la Tierra, no digáis que Dios es vuestro, que mentís y le afrentáis, y más que contra vos viene un ángel del Cielo y dice: ¡Ay, ay, ay de los *avecindados en la Tierra!* (1). Bien parece que tenéis poco amor ó ninguno á vuestro Dios, si estando en el mundo no suspiráis continuamente por Él, y no os confesáis por peregrino haciendo guerra á vuestras pasiones, la cual, como dice nuestro Padre San Pablo, hacen tan cruel y peligrosa á nuestras almas (2). Éste es el primer título de los varones perfectos.

El segundo añade más perfección, porque los llama San Pablo muertos. El muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente; el mismo semblante hace á las alabanzas que á los vituperios; no le mueven más lisonjas que las detracciones, ni hace más caso de los favores que de las injurias. Pues lleguemos á considerar el último nombre, y veremos en qué consiste la verdadera y perfecta abnegación y mortificación de la propia voluntad; y no vamos á buscar el título á otro autor más moderno que el mismo San Pa-

(1) Apoc., 8.

(2) Colos., 3.

blo, el cual dice (1): *Los que son de Cristo y le pertenecen, crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias.* ¿Qué cosa es ver un hombre crucificado? Ni tiene pies para andar, ni manos para obrar, ni lengua para hablar; ni llega al suelo, ni está en el cielo, ni tiene consuelo ni le puede recibir de cosa criada. Cada hora de vida que está en la cruz le parece mil años. Y lo más singular es que quien se atrevió á llamarnos crucificados se confiesa así crucificado, diciendo (2): *Para mí está el mundo crucificado y yo para el mundo.* Ni tengo pies para servir al mundo, ni manos para entender en cosa suya, ni lengua para decirle una buena palabra de su gusto. Ni tampoco hay en él nada con que yo pueda consolarme; antes el vivir en él es para mí grave tormento. Al fin estoy crucificado á él y él á mí; yo no quiero cosa suya, ni él la quiere mía; yo le miro como á un hombre ahorcado, y él me mira de la misma suerte. Pues cierto que es negocio éste de mucha consideración, que los que han de ser discípulos de Cristo han de estar crucificados al mundo y el mundo á ellos.

Si estuviesen dos hombres puestos en dos palos, y el uno hubiese sido causa del tormento y cruz del otro, ¿con qué sañudos ojos no se mirarían? ¿Hablarle habían alguna palabra de amor? ¿Remediaria el uno la necesidad del otro? No por

(1) Galat., 2.

(2) *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* — Galat., 6.

cierto, porque están clavados de pies y manos. Ó si entendiésemos este lenguaje los que nos amamos mucho y estamos casados con nuestras propias voluntades y llenos de amor de nosotros mismos, ¡qué poca falta nos harían los muchos libros! Estudia, lector cristiano, en esta escuela del *Crucificado*, si te precias de discípulo suyo. Si eres peregrino, ¿para qué te espacías fuera de tu tierra? ¿Para qué te cargas como bestia de lo que no has de pasar contigo, con peligro manifiesto de perder tu alma? Si estás muerto, ¿qué necesidad tienes de honras? ¿Cómo sientes tanto las injurias? ¿Por qué te ensoberbeces cuando te alaban, y te pones triste cuando no se hace caso de ti? Si estás crucificado, ¿para qué regalos y blanduras? ¿Para qué tratos ni cuentos con ese mundo ahorcado? ¿A quién no espantará ver un peregrino muy ocupado en labrar grandes palacios fuera de su tierra, habiéndolos de dejar mañana? ¿A quién no sacaría de juicio ver á un muerto ansiando por ser obispo, por mandar y valer en su república? ¿Quién no se pasmaría viendo un crucificado metido en banquetes, bailes, fiestas y otros vanos entretenimientos? ¡Oh peregrinos, oh muertos, oh crucificados! ¿Por qué no consideráis lo que sois, para que no deis cada día en los disparates en que dais? El que es peregrino en la Tierra, ¿por qué no anhela y suspira por el Cielo? El que está muerto y escondida su vida con Cristo en Dios, ¿para qué quiere vivir hasta que Dios le vuelva

la vida, no temporal, como se la ofreció, sino eterna? El que está crucificado, ¿para qué hace buen rostro ni se agrada de cosa del mundo? Nuestro hombre viejo (esto es, la antigüedad del pecado, que eso se llama *hombre viejo*, según Santo Tomás *in Paulum*, ó la *mancha*, ó la *costumbre*, ó el *fomes*, que todo tiene harta antigüedad) juntamente fué crucificado con Cristo (1) para que de esta manera quedase destruído el cuerpo del pecado, esto es, toda la masa y montón de los pecados, que constituyen un cuerpo monstruoso; para que de allí adelante los hombres no sirviésemos más al pecado, pues entonces le servimos cuando obedecemos á sus concupiscencias, consintiendo en él y poniéndolo en ejercicio. Hermano mío carísimo, cualquiera que vas leyendo esta mi escritura, suplicote por las llagas de Cristo Jesús que repares un poco y que revuelvas en tu memoria estos títulos que te da el Espíritu Santo: «peregrino», «muerto», «crucificado», y persuádeté que, para ser verdadero discípulo del Señor, estas tres cosas has de revolver muchas veces dentro de ti: *peregrinación*, *muerte* y *cruz*; porque son leyes de la Casa de Dios, lecciones de su Escuela y condiciones de los que le han de servir en su santidad y justicia todos los días de su vida.

Mas por que no parezca fuera de propósito,

(1) Vetus homo noster simul crucifixus est cum eo, ut destruat corpus peccati, ut ultra jam non serviamus peccato.

tratando del amor propio hacer mención tantas veces de la carne, y de la voluntad propia, de la peregrinación, cruz y muerte, se ha de advertir que, aunque el hombre consta de alma y cuerpo, realmente no son en él una misma cosa, sino muy distintas entre sí, por lo cual los apetitos y los deseos no son unos, sino diferentes; aunque el principio sea uno, conviene, á saber: el amor propio, del cual nacen dos amores diversos y ninguno es causa del otro. Porque el uno es por razón del ánima, y el otro por razón del cuerpo. Por parte del alma se causa en nosotros el amor de la propia honra y excelencia; por parte del cuerpo, el amor del gusto y deleite corporal y sensual. De donde se sigue que, el que menospreciando á Dios se ama á sí mismo, ama luego la propia honra y excelencia, ó ama el deleite de la carne. De los cuales dos amores á estos dos bienes, aunque falsos, nacen los demás; porque, amando la honra, de fuerza se han de amar todos los medios que sirven para granjearla y aumentarla. Lo mismo decimos del amor del deleite corporal, con las cuales cosas se traba estrechísima amistad, y tanto más estrecha cuanto sirven más á la consecución de algunos de estos bienes del alma ó del cuerpo. Por cierto que no se aman las cosas temporales y exteriores por sí mismas, sino porque sirven á la propia excelencia ó al deleite, y porque, en todas, la que más puede y á quien obedece todo es el dinero, sobre todas se ama

al dinero. De igual modo ámanse las ciencias, los oficios, las prelacías, porque son medios para la honra.

De este discurso, con harto poco trabajo podíamos colegir que todos los pecados tienen su fundamento en el amor propio, y nacen de él. Nace la soberbia, que es amor de la propia excelencia y honra. Nace la lujuria y gula, que son amor del cuerpo y del deleite carnal. Nace la avaricia, que es amor desordenado de las cosas exteriores, principalmente del dinero. Y porque quien ama la propia honra y el deleite aborrece todo aquello que puede ser impedimento ó puede destruir la honra y el deleite, de aquí nace la ira, que es amor de venganza contra aquellos que pretenden impedir la honra propia ó el deleite corporal. También nace la envidia, la cual incluye odio del bien ajeno en cuanto puede disminuir el propio, y amor del ajeno daño en cuanto puede impedir el bien particular. Nace, finalmente, del amor del propio deleite del cuerpo el deseo de quietud y ocio corporal, que nos hace huir los trabajos y ejercicios virtuosos, al cual vicio llamamos accidia ó pereza. Ves aquí, cristiano lector, brevemente concluído que el amor propio, no sólo se extiende á los apetitos del alma, sino también á los del cuerpo; por lo cual conviene que la voluntad se niegue y la carne se macere y dome con la dura penitencia y ejercicios de mortificación y cruz, que son cuchillo del amor propio.



CAPÍTULO XXII

DE CÓMO EL AMOR PROPIO TIENE POR OFICIO
DIVIDIR Y DESHERMANAR LOS HOMBRES, Y EL
DE DIOS UNIRLOS Y HACERLOS UNA COSA.

MUCHAS veces habemos dicho que el amor muda la voluntad en la cosa principalmente amada; añadimos ahora que, si ésta es *una sola, común á todos los hombres, y en todos primera y principalmente amada, aquellos amores todos serán conformes y semejantes*, y necesariamente entre todos los amantes habrá concordia y perfecta unión. Esto es negocio llano, y tan puesto en razón, que no tiene necesidad de más prueba. Si todos los hombres pusiésemos nuestro amor en Dios, que es Uno, y simplicísimo y común para todos, ¿qué lugar hallaría la discordia y división entre nosotros? Todo sería paz, amistad y concordia, porque ninguno amaría su voluntad, sino la de Dios, cuyo amor nos une y hermana, para que cada uno quiera lo que el otro y todos lo que Dios. Mas ¡ay! que este amor de Dios tiene principado en muy pocos hombres; de lo cual es argumento harto fuerte